

EL MUNDO



# EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 9. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos 4 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 28 DE FEBRERO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

## REVISTA DE LA SEMANA.



las noticias que hemos dado del teatro de la guerra de Dinamarca tenemos que añadir algunas de bastante gravedad, las cuales inducen á presumir que se acerca el momento de un trastorno general en Europa. Las fuerzas prusianas y austriacas, que al principio se habían limitado á ocupar los ducados de Holsten y Schleswig, han penetrado ya en el territorio dinamarqués, propiamente dicho, ocupando una parte de la Jutlandia. Dinamarca hasta ahora se sostiene sola y sufre sola las consecuencias de la guerra y sus pérdidas; pero Inglaterra, cuyo gobierno ha vacilado tanto tiempo para intervenir donde le llamaban su honor y el respeto á los tratados, se verá obligada necesariamente, á interponer su influencia material en favor de un aliado que ha seguido hasta ahora sus consejos puntualmente, en la esperanza de que se realizarán las promesas del auxilio británico. Por su parte, el emperador francés comienza á salir de su actitud indiferente y á mostrarse dispuesto á sacar partido de los acontecimientos, llevando un ejército á las fronteras del Rhin, mientras que el gobierno italiano se apercebe para poder lanzar sus tropas en la primavera sobre el territorio veneciano en caso de que las circunstancias se le manifiesten favorables. Es verdad que la diplomacia inglesa, de quien actualmente depende que la guerra se circunscriba á Dinamarca ó que se estienda por toda Europa, se manifiesta mas inclinada á la no intervencion que á la guerra; pero la política absoluta de no intervencion tiene acaso para Inglaterra mayores inconvenientes que la política contraria. Un pais pobre, pequeño ó de poca importancia, una potencia de segun-

do ó tercer órden, pueden adoptar sin riesgo la política de no intervencion, porque no contándose con ellos para nada en ninguna de las cuestiones internacionales que se agitan en los gabinetes europeos, no se ligan nunca con vínculos demasiado fuertes á una determinada línea de conducta. Pero una potencia de primer órden que se cree obligada á tomar parte en todas las cuestiones, sin cuya intervencion, tolerancia ó adhesion no se hace nada en Europa, que influye poderosamente en los sucesos europeos y que se mezcla, ya con sus consejos, ya con sus medios de accion en los acontecimientos de toda especie, no puede menos de contraer compromisos de honra y de interés que necesariamente la ligen á una conducta conforme á ellos. Asi sucede con Inglaterra, la cual por su honra y mas acaso por su interés está obligada á sostener la integridad de Dinamarca y á no permitir que este Estado desaparezca del mapa de Europa, por la ambicion del rey de Prusia. De aquí los probabilidades de una lucha en que Inglaterra podrá enviar sus escuadras al Adriático y despertar allí las esperanzas que abriga Garibaldi y sus tercios de poder lanzarse sobre el Véneto.

Las noticias de Polonia continúan siendo tan tristes como siempre, pero dándonos el consuelo de que la insurreccion no ha terminado y de que en la primavera ha de aumentar sus fuerzas. Los generales y oficiales rusos siguen ahorcando y apaleando á los polacos por el día; y por la noche dando bailes y haciendo concurrir á ellos á las mujeres y á las hijas de los ahorcados y apaleados. Continúan saliendo cuerdas de desterrados hombres y mujeres para la Siberia, y de mujeres y niños para el interior de Rusia. Ahora se han dado los Mouravief y los Berg y otros de esta calaña á recoger niños para educarlos á la rusa en las poblaciones del interior del imperio, con la esperanza de ir desnacionalizando la Polonia por este medio. El crimen que se está cometiendo con la infeliz Polonia, á la vista, ciencia y paciencia de la Europa, no podrá menos en adelante de traer funestas consecuencias para los pueblos que lo han consentido pudiéndolo evitar.

De Santo Domingo no tenemos noticias posteriores á las que dimos en la última semana, pero insertamos hoy, como hemos prometido, el artículo que nos remite un entendido oficial de marina, acerca de esta cuestion. Sobre ella hemos dicho ya lo bastante para que se conozca nuestra opinion en el asunto: ahora oíase lo que dicen los que están en la fuente, digámoslo asi, de los

sucesos. Desde luego debemos consignar, y es un hecho en que convienen todos, que la posesion de la península de Samaná ha llegado á ser absolutamente necesaria para la conservacion de las provincias de Cuba y Puerto-Rico. Puede discutirse (aunque no creemos que sea este el momento oportuno) sobre la conveniencia de abandonar ó no á Santo Domingo; pero no hay discusion ninguna sobre la necesidad de conservar á Samaná.

Los periódicos belgas hacen grandes elogios de un salmo puesto en música por el compositor español señor Morphy. Este jóven compositor ha dedicado su obra al duque de Brabante, y el concierto dispuesto para ejecutarlo ha sido de los mas brillantes. Este concierto se celebró en Bruselas á beneficio de las víctimas del terremoto de Manila, tomando parte en él mas de doscientos cantores y profesores. Además del salmo ha escrito el señor Morphy para este concierto una serenata española que llamó la atencion y obtuvo los aplausos del escogido auditorio.

En Madrid, y á beneficio de los inutilizados en Santo Domingo, se proponen dar otro concierto el célebre artista señor Monasterio y las distinguidas cantantes del teatro Real, Lagrange, Charton Demeure y Borghimammo, con Nicolini, Baragli, Giraltoni y Guicciardi; en este concierto parece que se presentará la señorita Sofía de Lagrange, hija de la distinguida artista, en una pieza de piano y violin que ejecutará con el señor Monasterio.

Se ha representado en el Circo con buen éxito el drama de don José María Diaz, titulado: *Un matrimonio de conciencia*. Algunos criticos no han hecho á este drama la justicia que en nuestro concepto merece. El primero y segundo acto, sin dejar de ser interesantes, sobre todo en las escenas finales, pecan un tanto por la abundancia de detalles y por algun episodio inútil; pero el tercero y el cuarto son muy buenos, y sobre todo en el tercero, el señor Diaz se remonta á grande altura, mereciendo los nutridos aplausos de que fue objeto en la primera y segunda noche. La Teodora y Arjona estuvieron admirables en sus respectivos papeles; Osorio, sacó del suyo, que no era de los mas importantes, el buen partido que este artista sabe sacar siempre. La pieza cómica titulada *Al año de estar casado*, perfectamente desempeñada por Osorio y la Hijosa, hace reir y se aplaude. No creemos que el señor Nogués, su autor, pueda pretender, ni en realidad haya pretendido mas al componerla. En el teatro de la calle de Jovellanos, se



debió de representar ayer una zarzuela nueva del señor Olavarría, que tiene por título *Margarita*. La música, según dice un periódico, es de un compositor italiano, que ha llegado á Madrid para asistir á los ensayos.

La sociedad artística musical de socorros mutuos, va á celebrar en la semana entrante cuatro conciertos, para los cuales invita á una suscripción á los que fueron suscritores de los celebrados en el año de 1862. El primero está dispuesto para hoy domingo, y desearemos que tenga el buen éxito que el filantrópico objeto de la sociedad merece.

En el teatro del Ambigú de París se ha representado con buen éxito un drama de Mr. Víctor Séjour titulado *Los hijos de Carlos V*. En este drama, cuyo asunto es la muerte del príncipe don Carlos y la tenebrosa política de Felipe II, abundan las acostumbradas impropiedades con que los franceses suelen tratar los asuntos históricos, y sobre todo los de nuestra patria. El príncipe don Carlos habla en este drama como pudiera hablar un diputado progresista de las pasadas Cortes. El autor supone que con la muerte de don Carlos quedó decapitado el porvenir de España. Ya hemos dicho que el drama se aplaude; tiene en efecto situaciones que producen sensación.

El célebre padre Félix, de la Compañía de Jesús, que predicó en Madrid hace pocos meses un sermón muy elogiado, ha comenzado á predicar en la catedral de París una serie de ellos que durará toda la Cuaresma. El que pronunció en el primer domingo, tiene por título *La crítica nueva ante la ciencia y el cristianismo*, y es una impugnación á la obra de Mr. Renan, sobre la *Vida de Jesús*, obra que un editor de París acaba de hacer traducir al castellano, sin duda para enviarla á América.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## CONSIDERACIONES

SOBRE LA REVOLUCIÓN DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

(ESTUDIOS HISTÓRICO-FILOSÓFICOS.)

### III.

Carlos, rey de Castilla, de Aragón, de Navarra, de Cataluña, de Valencia, de Mallorca, de Sicilia, de Nápoles, de los Países-Bajos, de una parte de Africa, de las vastas islas é ilimitados continentes del Nuevo-Mundo, va á ceñir la gran corona de Alemania, la corona de Carlo-Magno, la corona que ha de darle la supremacía del gran siglo.

Jóven, contando apenas veinte años, siente latir su corazón con vehemencia y agitarse su mente ante la vista de tanta grandeza. En el momento mismo de levar ancla el buque, que tan desgraciadamente ha de apartarle de la enlutada España, el rey imberbe tal vez cree oír en sus fantásticos ensueños el estampido de Pavia y el estruendo de Muhlberg, y los gritos de Túnez y los ayes de la Goleta; quizá se figura ver ante sus plantas á un Enrique VIII de Inglaterra ó á un Leon X de Roma; acaso contempla enagenado el melancólico aspecto de un Francisco I, prisionero en la torre de Madrid, ó el rostro demudado de un Clemente en el castillo de San Angelo, ó la vengativa faz de un Soliman, embriagado, para olvidar su humillación, en medio de los perfumes vaporosos de la poética Bizancio.

Y mientras que todos estos pensamientos, cual fantasmagóricos espectros, cruzan la calenturienta imaginación del orgulloso emperador, ni un solo recuerdo siquiera guarda para la noble cuanto infortunada España, cuyos clamores van á perderse allá á lo lejos, en las inmensidades del Océano.

La salida del rey, pues, no podía menos de acelerar el levantamiento general de las Comunidades: era la chispa eléctrica que iba á poner en instantánea conmoción los corazones de todos los verdaderos patriotas, ardientes defensores de las libertades de Castilla.

Efectivamente: el ronco bramido de la revolución, que había llegado á oídos del rey, cual el bramido del mar momentos antes de estallar la tempestad, cual el zumbido del viento que precede al huracán, cual el brusco sacudimiento de la tierra poco antes de que el volcán arroje al cielo sus furiosos, se dejó sentir con mas fuerza aun en los oídos del regente, cuando con los del Consejo, y de regreso de la Coruña, trasladó á Valladolid su residencia.

La salida de don Carlos, y la estancia del extranjero Adriano como regente del reino durante la ausencia del monarca, estas causas unidas á las anteriormente espuestas, y sobre ellas la conducta venal de los procuradores, que contra lo que se les tenía mandado, habían votado en las Cortes de la Coruña el servicio del emperador, concluyeron por exacerbar los ánimos de tal suerte, que la revolución, que hasta entonces se había, puede decirse, contenido en los límites de las teorías, se lanzó furiosa á una sangrienta práctica.

Toledo, la ciudad por excelencia que, adormecida sobre el Tajo cual la Musa de las edades nebulosas, parece ahogar en su sueño la antigüedad de su origen,

perdido en la oscura noche de los tiempos; Toledo, la magestuosa corte de los Recaredos; el fantástico emporio de los Almenones, la Roma de España; Toledo, la ilustre cuna del mas inclito de los ínclitos defensores de las libertades patrias; Toledo, foco de la revolución de las Comunidades de Castilla, que había dado á la revolución el primer movimiento teórico por medio de la carta á las ciudades; Toledo, que había dado principio á la revolución práctica negando la obediencia al mismo emperador, cuando éste aun no había salido de España; Toledo, decimos, no podía menos de inspirar aliento y entusiasmo á las demás ciudades castellanas en aquella revolución santa, cuyo sol había bañado un día alegremente con su esplendente luz las vetustas murallas, un tiempo visitadas por el conquistador Alfonso VI, para lanzar mas tarde en Villalar sus últimos destellos, entristecido ante la vista del cadáver del mas valiente de los caballeros.

Segovia, siguiendo el movimiento revolucionario, dió muerte á uno de sus procuradores, que tan ignominiosamente la había representado en la Coruña; nombró sus diputados de la comunidad; quitó las varas á las justicias del rey, y constituyó su independencia.

En el mismo día que los de Segovia, se sublevaron los de Zamora, entusiasmados con el heroico proceder de su obispo don Antonio de Acuña; y los procuradores zamoranos debieron su salvación á la fuga, si bien se ejecutó en sus estatuas el castigo que se tenía preparado á sus personas.

Toro siguió el ejemplo de Zamora; Madrid, Guadalajara, á cuyo frente se hallaba el conde de Saldaña; Alcalá, Soria, Avila, Salamanca, Leon, Cuenca, Sigüenza, y hasta la pacífica Búrgos, se fueron sucesivamente insurreccionando; y la revolución, que en todas las ciudades presentaba con poca diferencia los mismos caracteres, se fue extendiendo cual voraz incendio por todos los ámbitos de Castilla; se trasmitió despues á Estremadura, donde Badajoz y Cáceres personificaron principalmente el movimiento; y hasta pasó á la Andalucía, manifestándose en Sevilla, Jaen, Ubeda y Baeza, si bien en estas poblaciones no fue tan grande el levantamiento, que puede decirse se redujo mas bien que á otra cosa á guerra de familias entre nobles y magnates. Y esto viene á demostrar una vez mas el espíritu nacional y patriótico de la revolución; pues allí donde el árbol de la reconquista había echado menos hondas raíces, fue menor tambien la influencia revolucionaria.

Adriano y los del Consejo, que ya en Cataluña, antes de la salida de don Carlos, habían tenido noticia de la insurrección de Toledo y del levantamiento de Valencia, cuando llegó á sus oídos el pronunciamiento de Segovia, al ver que el incendio se propagaba por instantes, comprendieron que la situación era crítica, que era preciso tomar una medida, y al efecto juzgaron oportuno reunirse en junta, y así lo efectuaron. Pero ¡oh! en aquellos momentos solemnes en que la revolución puede decirse comenzaba, en que una política conciliadora hubiera podido neutralizar el justo encono de los populares, en que la prudencia habría sido mas saludable sin duda alguna que el rigor, Adriano, orgulloso como regente, enemigo de los españoles como extranjero, déspota á la manera de un déspota de Oriente, se coloca delante de la revolución, desprecia las medidas de paz que algunos, tales como don Alonso Tellez Giron, le proponen; prefiere la dureza á la templanza siguiendo el parecer del irascible don Antonio de Rojas, azobispo de Granada y presidente del Consejo, y ofrece altivo á la razón de la revolución la fuerza bruta del despotismo.

Inmediatamente que se supo en Valladolid la sublevación de Segovia, Adriano envió contra la ciudad á un hombre rapaz como un chacal, feroz como una hiena, sanguinario como un tigre, antiguo juez de Segovia, conocido ya entre los segovianos por sus crueldades inauditas. El alcalde Ronquillo al frente de unos mil hombres de á caballo, se puso en marcha hácia Segovia; la ciudad le vió aproximarse con espanto; tembló un instante ante un hombre tan inhumano; escribió en su apuro á las ciudades de Castilla; un tanto rehecha ante la vista del peligro nombró por capitán de sus tropas á Juan Bravo, y con el entusiasmo que inspira siempre la libertad se aprestó á la resistencia; y el formidable sitiador se vió obligado á retirarse ante el heroísmo de la ciudad sitiada.

Toledo y Madrid, viendo que el peligro de Segovia era peligro para todas las Comunidades de Castilla, levantaron como otras ciudades gente para su socorro. Juan de Padilla con dos mil infantes y doscientos caballos, y Juan Zapata con cincuenta ginetes y cuatrocientos peones marcharon unidos al Espinar, donde se unieron á Juan Bravo, capitán de la gente de Segovia, y los tres juntos se dirigieron á Santa María de Nieva, donde estaba Ronquillo, que evitó entrar en pelea y se puso en vergonzosa fuga hasta llegar á Arévalo, su patria.

El regente y los del Consejo supieron la salida de estos capitanes, y empeñados tenazmente en el castigo de Segovia, mandaron á Antonio de Fonseca, nombrado por don Carlos capitán general del reino, que con la gente posible fuése á unirse á Ronquillo, y ambos sacasen de Medina del Campo la artillería que allí se custodiaba.

Segovia, inmediatamente que supo esta medida, escribió á Medina con fecha 17 de agosto de 1520 una carta, en que encarecía á los medineses la mas formidable resistencia.

Efectivamente: el 21 de agosto se presentó Fonseca ante Medina; el ataque fue brusco; la resistencia heroica; Fonseca, impotente por las armas, acudió á la potencia traidora de la estratagema; el incendio mas horroroso se apoderó por completo de la población infortunada: Medina en aquellos momentos tan solemnes evocó el recuerdo de Sagunto; al grito de *¡libertad!* niños y viejos, hombres y mujeres, todos á una ante la aterrorizadora luz de mas de novecientos edificios incendiados, acrecentaron la carnicería del combate; las calles se convirtieron en lagos de sangre, interceptados tan solo por los escombros de los edificios y los cuerpos de los cadáveres: infinidad de medineses ciñeron sus sienes con la corona del martirio; en medio de tantos horrores, aquellos héroes, que en aras de la libertad de su patria habían sacrificado su existencia, despues de muertos se presentaban mas hermosos é interesantes que en vida, cual si en sus rostros se reflejara el inefable gozo del triunfo, y sus espíritus sagrados entonaban el himno celestial de la victoria, entre tanto que el incendiario Fonseca y el feroz Ronquillo avergonzados de la derrota de sus tropas, contemplaban desde lejos el humo del incendio, que en grandes espirales se levantaba al cielo, cual si pretendiera llegar hasta él para reclamar la justa venganza.

Inmediatamente que se supo el incendio de Medina, se apresuraron las ciudades á enviarla el pésame por su desgracia, al propio tiempo que la enhorabuena por su triunfo, distinguiéndose entre todas Segovia, por cuya salvación Medina se había sacrificado.

El cardenal Adriano, como si tratara de llevar la ironía hasta el sarcasmo, supo la catástrofe y escribió á los medineses una carta, disculpándose y llorando sus desgracias; carta á que Medina, con la entereza de un héroe, contestó entre otras cosas «que las calles que quedaban todas estaban llenas de gritos y maldiciones pidiendo á Dios justicia y venganza.»

El incendio de Medina incendió mas y mas los corazones de los castellanos.

Valladolid, donde tenía el gobierno imperial su asiento, se lanzó á la revolución al saber la desgracia de Medina: los sublevados en número de unos seis mil incendiaron la casa de Fonseca, la del procurador á Cortes y otras de otros muchos regidores, que habían firmado el servicio. Adriano y los del Consejo, aterrorizados ante aquel movimiento, juzgaron lo mas prudente no oponerse á aquella tempestad, contentándose con disolver las tropas del incendiador de Medina, á cuyo mandato tuvo que obedecer Fonseca, que con el feroz Ronquillo abandonó á España y se dirigió á Flandes en busca del emperador.

El fuego de la insurrección se extendió por todos los ámbitos de Castilla, y concluyó por transmitirse á Estremadura y gran parte de la Andalucía.

Toledo, que desde el principio al fin había de representar el primer papel en esta revolución, escribió nuevamente á las ciudades, para que se pusiesen sobre las armas y tratasen de enviar sus representantes á un punto céntrico, donde pudiera el movimiento revolucionario organizarse.

Efectivamente: en Avila se reunió la *Junta Santa*, asamblea tan numerosa que en ella se vieron reunidos los representantes de las ciudades de Toledo, Madrid, Guadalajara, Soria, Murcia, Cuenca, Segovia, Avila, Salamanca, Toro, Zamora, Leon, Valladolid, Burgos y Ciudad-Rodrigo; asamblea tan nacional que en ella se encontraron juntos todos los elementos de España; la aristocracia representada por caballeros tan nobles como los Fajardos, los Ulloas, los Maldonados y los Ayalas; el clero personificado en los priores de las órdenes, en los canónigos y en los abades; las ciencias y las letras reflejadas en infinidad de doctores y letrados; las artes representadas por multitud de artesanos, y por un sinnúmero de plebeyos principalmente el elemento democrático.

Nombróse, y ojalá jamás se le nombrara, presidente de la Junta al caballero toledano, don Pedro Laso de la Vega, y caudillo de las tropas comuneras al ilustre Juan de Padilla, natural de Toledo, nacido en noble cuna, nombrado por don Carlos capitán de gente de armas en 1518, jóven de treinta años, gallardo de apostura, de corazón esforzado, de patrióticos sentimientos, apreciado por todos y querido con entusiasmo del pueblo, que miraba en él á su redentor, y en él cifraba la esperanza de la salvación de la república.

La *Santa Junta* se constituyó en autoridad superior y declaró caduca la autoridad de Adriano, que en virtud de ser extranjero no podía gobernar con arreglo á las leyes de Castilla.

Padilla, que con Bravo y Zapata, despues de ahuyentar á Ronquillo, se había retirado á Medina el mismo día del levantamiento de Valladolid (29 de agosto), pasó de allí á Tordesillas á primeros de setiembre y hecho dueño de la villa, se presentó á la reina madre doña Juana, que hacia quince años se hallaba encerrada en aquel retiro, la pintó con los mas negros colores los males que aquejaban al reino; la manifestó que el levantamiento de Castilla, lejos de ser perjudicial, era la



única salvación posible de la nación infortunada, presa del auzar extranjero; y como si la Providencia quisiera cooperar un tanto al feliz éxito de la revolución, la reina loca recobró en aquellos instantes el juicio, se dolió profundamente de tantas desgracias, dió á Padilla el nombramiento de capitán general y el consentimiento de que la *Santa Junta* se trasladase á Tordesillas, y sumamente gozosa se declaró defensora de las Comunidades castellanas.

Padilla con su gente se trasladó á Valladolid; fue entusiastamente recibido por los populares; se apoderó del sello real; puso en fuga á los del Consejo; hizo algunos de ellos prisioneros y con ellos dió vuelta á Tordesillas, lleno el corazón de gozo é inundado el semblante de alegría.

El triunfo de la revolución era seguro. La llama revolucionaria había incendiado las ciudades todas de Castilla; en Valencia, aunque con distinto carácter, dejábase sentir también el movimiento, que se había prolongado hasta Mallorca; el rey se hallaba ausente; las tropas reales habían sido batidas y disueltas; Fonseca y Ronquillo, sus caudillos, habían huido á Flandes; el regente, por temor á los comuneros, había desaparecido de Valladolid, sin saberse de su existencia; los del Consejo, unos se hallaban ocultos, fugitivos otros, otros presos en Tordesillas; unos y otros sin autoridad, sin dinero y sin ejército; los comuneros, por el contrario, habían concentrado sus fuerzas; la *Santa Junta* les había dado un carácter de organización de que antes carecían; la reina madre estaba en su poder; favorecía con su protección la nobleza la causa popular; todo iba bien para la causa de España.

La revolución de las Comunidades de Castilla había llegado á su apogeo.

ABDÓN DE PAZ.

(Se continuará)

## DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ,

Y SU ÚLTIMA PRODUCCIÓN DRAMÁTICA.

Muchos años hace, como que fue, si no recordamos mal, por los de 1835, que se le ocurrió á un actor cómico, que ha bajado ya al sepulcro inmortalizando el nombre de Guzman, elegir para su beneficio en el teatro del Príncipe un drama, desdeñado antes por otros actores, y que era la primera obra de un joven desconocido, con el cual se había hasta entonces mostrado tan esquiva la fortuna, que se disponía á partir á campaña, después de haberse alistado como voluntario. Aquel drama se titulaba *El Trovador*; el poeta desventurado era don Antonio García Gutiérrez.

No somos nosotros, todavía en mantillas por aquella época; son la historia literaria y la tradición teatral, las que se han encargado de referirnos este acontecimiento, y transmitir á la posteridad el recuerdo de aquella noche, que no lo fue seguramente para el arte, pues en ella vislumbró una nueva aurora. El público aplaudió frenéticamente al novel escritor, y la obra vive todavía en la memoria de cuantos cultivan las letras, como uno de los más acabados modelos del género romántico, y como un tesoro inagotable de bella y deslumbradora poesía.

El triunfo alcanzado con *El Trovador*, cambió completamente el destino y las inclinaciones del poeta; pidió y obtuvo su licencia absoluta; formóse á su alrededor, como sucede siempre, un vasto círculo de amigos y de admiradores, y concluyó por decidirse á llevar adelante su vocación, siguiendo una senda en la que había entrado con tan buenos auspicios, y en la que debía pisar tantas flores.

Desde este momento empieza la reputación literaria de don Antonio García Gutiérrez. Poco tiempo después, en 1840, se dió también á conocer como poeta lírico con un tomito de versos, en el que hallamos pensamientos tan delicados y profundos como éste, en que Cádiz recuerda su grandeza pasada y se lamenta de su postración presente:

«Otro tiempo feliz, mi blanda orilla  
tocó preñada de opulencia y oro  
de cien bajeles la sonante quilla.»

O este otro, que no resistimos al placer de copiar íntegro, por la belleza de la forma, y por la fidelidad con que está seguida la idea del original.

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO.

Ya brilla la aurora fantástica, incierta,  
velada en su manto de rico tisú,  
¿por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta?  
¿por qué, cuando el alba las flores despierta,  
durmiendo estás tú?  
Llamando á tu puerta diciendo está el día  
—yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor;  
el ave te dice:—yo soy la armonía,  
y yo suspirando te digo:—¡alma mía,  
yo soy el amor!

No recordamos el orden con que los dramas que siguieron á *El Trovador* fueron presentándose en escena; pero sí que el éxito de todos ellos fue mucho menor

que el del primero, por más que alguno, como le sucede á *Simon Bocanegra*, no le ceda ni en la importancia del asunto, ni en la corrección y galanura del estilo. Grabado está aun en nuestra imaginación el siguiente trozo, que basta para dar una prueba de esta verdad.

PAOLO.

¿Tanta debilidad en tí es posible?  
tú que has llenado  
los límites del mar, para tí estrechos,  
de espanto? ¿tú, que á Génova has legado  
la portentosa fama de tus hechos?

SIMON.

Sí, Paolo, sí; la vanidad del hombre  
satisfecha está ya; grande ó terrible  
do quier se escucha pronunciar mi nombre;  
ya libre el Occéano  
no ve surcar por sus inquietas olas  
al pirata africano,  
ni las naves del fiero veneciano  
el imperio del mar abarcan solas.  
Empero, ¿qué le importa por ventura  
á esa generación envejecida  
que teme el riesgo y los combates huye,  
que ya sin libertad, envilecida,  
á Nápoles se vende y prostituye?  
¿Dónde está aquella raza que inspirada  
de religiosa fe, con saña inquieta  
llevó la cruz á África espantada,  
y el pendón genovés clavó en Damietta?  
Los héroes ¿dónde están? ¿en dónde aquellos  
que vió Jerusalem, rudos gigantes,  
sus altos muros debelar, y en ellos  
por largo tiempo dominar triunfantes?

La marcha del señor García Gutiérrez á Ultramar abrió un paréntesis en su vida literaria, y privó por algún tiempo al teatro de los sazonados frutos de su ingenio. Afortunadamente, este paréntesis no fue largo; en 1848, el poeta regresó á su patria, y los destellos de su brillante pluma han iluminado desde entonces con alguna frecuencia el campo, siempre fértil, de la escena española.

*El Grumete*, zarzuela, y *Un duelo á muerte*, drama, fueron durante este período sus dos más aplaudidas producciones; y una comedia, sencilla y hasta pueril si se quiere en el fondo, pero viva y chispeante en la forma, la que se titula *Eclipse parcial*, fue el prólogo con que anunció el fecundo poeta la magnífica obra que había de seguirle, y que es hoy el asunto de todas las conversaciones, y el tema obligado de la controversia y de la crítica.

Esta obra es la que se está representando en el Príncipe; la que el poeta bautizó en un principio con el nombre de *Roger de Flor*, y que corregida después se ha llamado *Venganza Catalana*.

No tratamos aquí de hacer un juicio analítico de ella, ni es este trabajo de los que pueden intentarse *calamo currente*, como suele decirse; además, serán contados aquellos de nuestros lectores que no la hayan visto, y que no recuerden por lo tanto sus situaciones altamente dramáticas, y su versificación, siempre admirable y entonada. Quisiéramos dar una muestra de ella á los que no tengan la dicha de conocerla; pero en la imposibilidad de señalar lo que es mejor allí donde todo es bueno, abrimos la comedia á la ventura, y copiamos la siguiente narración que hace á la princesa María un soldado catalán que viene á explorar la situación del enemigo.

«Os diré lo que ha pasado.  
Esta noche, estando yo  
dormido en mi pobre ruedo,  
sentí un hombre que muy quedo  
hasta mi lado llegó.  
Echele un taco, y no flojo;  
los soldados, ¡ya se ve!  
nos acostamos de un pie,  
y nos dormimos de un ojo.  
—¡Silencio! con ademán  
misterioso y voz severa  
murmuró aquel hombre, que era  
Berenguer, mi capitán.  
En el fiero regocijo  
que su rostro iluminaba  
casi ví lo que pensaba,  
—¡levántate y ven! me dijo.  
—Una hazaña peligrosa  
intento, pero son breves  
los instantes: dí, ¿te atreves?  
¡preguntarme á mí tal cosa!  
Ya andando, le pregunté:  
—¿y qué es?—Matar al villano  
que puso traidora mano  
en el que tu dueño fue.  
—¡Hablarais para mañana!  
Maté al sueño de un bostezo,  
y llegamos sin tropiezo  
al pie de una barbacana.  
Dormían como unos santos  
los guardas, por nuestro bien,  
y á este quiero, á este también,  
despachamos no sé cuántos.

Viendo que tan á mansalva  
el proyecto facilita  
la suerte, nos dimos cita  
para aquí y antes del alba.  
Desesperado de hallar  
á mi hombre, al muro volví;  
me hallé con Alejo aquí  
y nos quisimos matar.  
No era grande este deseo  
ni el encono entre los dos;  
¡qué diablos! vinisteis vos  
y mediásteis y... ¡laus Deo!»

Tales son la lozanía y la facilidad que resaltan en *Venganza Catalana*, y que unidas á lo vigoroso de algunos caracteres, y á lo interesante y levantado del asunto, han dado á este drama toda la importancia de un acontecimiento literario, siendo numerosos los obsequios que se preparan al autor, é innumerables los aplausos que recibe diariamente.

Entre el hombre de 1835 y el de 1864, hay una vida dilatada y llena acaso de agitaciones y de disgustos; pero entre el poeta de entonces y el de ahora; entre el autor del *Trovador* y el de *Venganza Catalana*, no existe diferencia ninguna; el fuego de la inspiración es siempre el mismo, y siempre parece como si acabara de brotar de una inteligencia juvenil.

Don Antonio García Gutiérrez puede estar satisfecho de su obra; el público lo está también; en cuanto á los que tenemos la dicha de ser sus amigos hace tiempo, estamos más que satisfechos, conmovidos; y si no estamos asombrados, es porque de su privilegiado talento solo esperábamos una cosa semejante.

M. DEL P.

## SANTO DOMINGO

Y LA PENÍNSULA DE SAMANÁ.

La nación española que navegaba á velas desplegadas por el camino del verdadero progreso, ha encontrado en esa ruta un escollo inesperado, que es al mismo tiempo insuperable: este escollo es Santo Domingo. Todos hemos sido engañados en nuestras primeras esperanzas. S. M. la reina, deseosa como el que más del engrandecimiento de su patria, y celosa como buena madre de agrupar en su torno como súbditos á los que un día se separaron de la metrópoli; las autoridades y el pueblo español, animados del mismo deseo, así como también el ejército y la marina que ensanchaban el teatro de su mutua acción, consideraron como fausto un acontecimiento, que á durar mucho más, pudiera sernos funesto, mil veces funesto. Es preciso no hacerse ilusiones: el pueblo dominicano no nos quiere: acostumbrado á sus hábitos contraídos de muchos años atrás y á un orden de gobierno, malo es verdad, pero que se llamaba libre, no pudo soportar por tercera vez á un gobierno extraño que se le había impuesto por la fuerza. Crece con el número de revoluciones el odio á la nación española, y ¡cosa extraña! ese odio que tienen los dominicanos á todo lo que hoy es España ó la representa, no ha llegado aun al trono de doña Isabel II á quien respetan, y de la que dicen solamente que ha sido engañada. Podemos, aprovechándonos de esa circunstancia, dejar con honor á Santo Domingo, después de sofocada la actual insurrección, que no será la última si persistimos en querer dominar perpétuamente.

Hemos dicho que la actual insurrección no sería la última; ya no somos los únicos que lo decimos y creemos firmemente: veamos cómo se expresa el anuario enciclopédico del 60 al 61 y que se publica en francés. Copiamos un párrafo de Mr. Bonneau referente á Santo Domingo. Dice así: «Está aun en duda si Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos reconocerán una anexión que, haciendo dueño á España de la bahía de Samaná, da á esa potencia una verdadera preponderancia en el mar de las Antillas, y pone en sus manos la llave del golfo de Méjico, el cual al abrirse el istmo de Panamá está destinado á ser el paso esclusivo de las naciones marítimas. Esta incorporación disminuye la importancia de la Jamáica. Por lo tocante á Francia, podría causarle graves perjuicios, imponiendo á la república de Haití, que le debe 50.000.000 de francos, gastos militares desproporcionados á sus recursos, y que podrían dificultar ese pago. Es muy dudoso además que la república dominicana sea para España una ventajosa adquisición. (Bien lo sabemos por desgracia.) Esta colonia, que en el siglo último le costaba 2.000.000 de francos, le ocasionará hoy gastos mucho más considerables sin contar con la extinción del papel moneda que exigirá un primer sacrificio de 30.000.000 de francos cuando menos. Los dominicanos son pobres; les faltan brazos para el cultivo, y la emigración europea no suplirá seguramente esa falta. (Lo concedemos.) La España tendrá que sostener mucho tiempo sin compensación alguna una costosa administración. (Convenido.) Es probable que las insurrecciones se sucedan (1). El

(1) ¡Y qué insurrecciones! Pero lo de menos serían ellas si los españoles pudieran batirse como Dios manda. En ese país lleno de bosque y de *Manigua*, cada árbol es un baluarte, una trinchera cada rama. Las enfermedades diezman á nuestras tropas, y hemos visto



partido liberal, que es poderoso, no dejará de protestar con las armas, aprovechándose del descontento de muchos oficiales y empleados que la nueva administración (la española) tendrá que escluir de los negocios públicos. Una docena de generales desterrados por Santana, y refugiados en Haití ó en las islas inmediatas, no esperan mas que la ocasion para sostener la causa de la independencia, y los periódicos españoles del 18 de mayo anunciaban ya que el general Cabral trataba de organizar la insurreccion en el distrito de las Caobas.» (Todo es muy cierto.)

Ese párrafo da mas luz sobre Santo Domingo que todo cuanto se ha publicado hasta ahora en España. Es preciso que nos dejemos de palabras vanas y discursos en los que siempre se recuerda á Colon y los Reyes Católicos, y nuestras pasadas gloriosas hazañas. Los pueblos no viven ni se sostienen solo de gloria; y si en épocas pasadas Santo Domingo nos convenia, hoy es una verdadera carga y una falta el tratar de conservarla. Bien es verdad que nos ha costado mucho dinero que no hemos de recobrar jamás; pero quedémonos con la península de Samaná y su bahía como compensacion de esos gastos, y nada mas. Eso es lo que verdaderamente nos conviene.

La bahía de Samaná es tal vez la mejor del mundo; y la nacion marítima que poseyendo Cuba y Puerto Rico pueda agregarles la península y bahía de Samaná, dobla á no dudarlo su importancia marítima. Nuestro porvenir en América está en las Antillas, llaves de ese inmenso continente. Si los dominicanos no quisieran cedérsela, podíamos reconcentrar allí un par de regimientos, que ayudados por dos cañoneras blindadas (que podrían comprarse en los Estados-Unidos) y que situadas en el istmo impedirían pasasen los dominicanos, podríamos fácilmente, repetimos, ocuparla to-

entrar dos batallones en Santo Domingo y salir para Cuba ochocientos soldados enfermos. Ese solo hecho que se repite cada dia, es mas significativo que todo lo que pudiera sugerirnos la imaginacion. Por otra parte, cada insurreccion de Santo Domingo deja indefensa á la isla de Cuba, y espuesta á un golpe de mano interin no llegan refuerzos de España, que no está á la puerta de casa. Es necesario, pues, que dejemos lo que está en el aire para asegurar lo que tenemos en la mano, no sea cosa que nos quedemos sin lo uno y sin lo otro.

da; y viendo aquellos la imposibilidad de recobrarla, no tendrian mas recurso que cederla.

Véase el croquis de la península de Samaná y su bahía.

Esta magnífica bahía, que está situada á 150 leguas de Santiago de Cuba y 70 de Puerto-Rico, puede ser

Oñá, sin que apenas ofrezcan carácter las sobrepuestas agregaciones de la catedral, ni la rojiza torre de San Felix, que asoma desde allí cual simple pináculo gótico. Mas al llegar á la avenida de Occidente, frondosas y bien tiradas alamedas, una larga cortina de murallas y baluartes, la animacion de personas y el movimiento de

emporio de nuestro futuro comercio con el mismo Santo Domingo, y bien fortificada uno de nuestros mejores puertos militares. No nos detendremos á describirla, porque otros lo han hecho ya; pero bueno es dejar consignado que esa península tiene agua abundante y muy buena, y que sus cualidades sanitarias podrían mejorar muchísimo con el cultivo y el desmonte. Pero lo que sobre todo domina es la conveniencia del aumento de poder que proporciona á nuestras Antillas; porque si la Polonia es el baluarte de la Europa, la nacion española no debe olvidar que esas Antillas son la Polonia de las Indias occidentales.

JOSÉ MARÍA AUTRAN.



DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.—(DE FOTOGRAFÍA DEL SEÑOR JULIÁ.)

GERONA Y SUS MONUMENTOS.

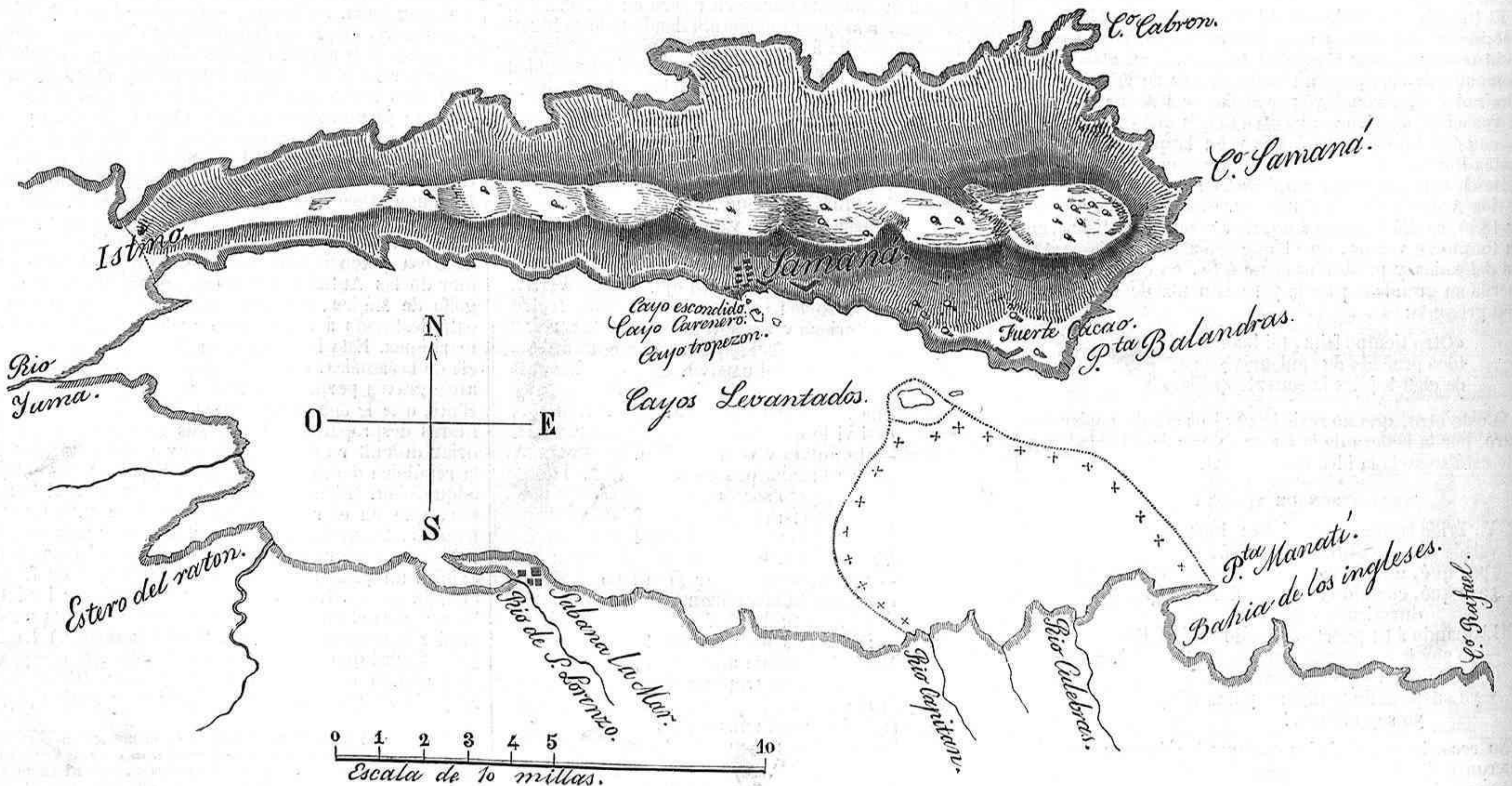
I.

ASPECTO GENERAL.—FISONOMIA DE LA POBLACION.—MONASTERIOS DE GALLIGANS Y SAN DANIEL.

El viajero que en alas de veloz locomotora se siente arrebatado como por magia desde la estacion de Barcelona, y cruzando paisajes deliciosos por ante Granollers, Cardedeu y Llinós en el Vallés, despues de bordear el agreste Monseny con sus prolongadas ramificaciones, donde envueltas en la niebla de muchos villas de Hostalrich, San Celoni, siglos, se suceden las históricas Amer, etc., desemboca mas allá del Tordera en las risueñas y accidentadas vegas de la provincia de Gerona; queda sorprendido descubriendo casi de improviso la ciudad de este nombre, tendida en humilde linea hácia un recodo del llano, medio escondida entre las arboledas que la rodean y los altozanos que la cobijan.

Esta primera impresion es desventajosa. Nadie creeria tener delante la ciudad de Carlomagno, la Numancia de nuestros dias, la segunda capital del Principado: su caserío se hunde por el cáuce del

SANTO DOMINGO.—LA PENINSULA DE SAMANÁ.



Escala de 10 millas.



vehículos, dan indicio cierto de la proximidad de una gran población.

A poca distancia del ferro-carril, está la puerta que lleva el nombre del insigne héroe inmortalizado en la defensa de esta plaza. Una calle ancha y de buen piso, elegantemente orlada de edificios á la moderna y de algunos establecimientos fabriles, conduce á la cañada que forma el río en la division de la ciudad antigua y su barrio exterior ó *Mercadal*.

Hermosa perspectiva se ofrece desde los andenes del soberbio puente que atraviesa ambas orillas. En una latitud de harta consideracion, baja la corriente, lamendo dos calles de casas desiguales, mas ó menos viejas, aunque todas pintorescas, con numerosas salidas y galerías que á la luz de un sol resplandeciente, se reflejan en orden inverso sobre el ancho espejo que forma el agua. A la izquierda véense puentes, malecones, paldas murallas, coronadas de caserío en degradacion. A la derecha tuerce la corriente y se definen las líneas de casas allende el histórico rebelin de los *Invincibles*, que permanece casi íntegro para perpetua glorificacion de los mártires que allí sellaron con su sangre la defensa de la independencia nacional.

En frente, y á continuacion de la calzada, ábrese un crucero en opuestas direcciones que avanza su arteria principal por los barrios mas céntricos, viniendo á formar un rodeo de la carretera de Francia. Allí están la larga plaza Consistorial, ceñida de ojivales pórticos; la adjunta del Mercado de los *Cols*, mas regular y espaciosa, aunque de añeja traza; la bonita calle de *Ciudadanos*, animada por un continuo tragin de mensajerías y viandantes, que tienen allí sus posadas mejores, siendo entre ellas muy recomendables las de la *Estrella* y de *Italianos*, por su buen servicio y el desahogo de los locales que ocupan, la primera en un edificio de tres ó mas épocas arquitectónicas, y la segunda en otro del renacimiento.

Los ramales que parten de este núcleo, son de suma irregularidad, como no puede menos de ser en una población de antiquísimo origen, de forzoso recinto y de escasa reforma; por un lado se hunden en sombrías tortuosidades como laberinto sin salida; por otro se encaraman formando espirales alrededor del cerrillo que constituye la ciudad alta, coronando su grupo las grandes obras del palacio episcopal y de la Seo.

De ahí se colige cuanto de original y pintoresco tendrá Gerona. Efectivamente, pocas localidades en Cataluña han conservado mas íntegro aquel sello genuino de la edad media que tanto embelesa al artista y al arqueólogo. Hoy día ciframos la belleza en la simetría, el paralelismo, la visual indefinida y demás regularidades geométricas, lo cual será muy bueno y cómodo si se quiere; pero nosotros á esa monotonía preferimos los golpes no calculados que esta ciudad ofrece á cada paso: erguidas espadañas de arlequineas formas; hondas avenidas de abigarrados matices; grupos incógruos de tejados y cimborrios; caprichosa ondulacion de aleros y saledizos; ventanas multiformes y balcones como tribunas; el arroyo alternado de puentecillos ó cortado en gradinatas; las boca-calles unidas por un arco ó corridas entre aji-



PORTADA DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE GALLIGANS EN GERONA.



CAPILLA DE SAN NICOLÁS EN GERONA.

meces; vallas de verjas ante el fronton de un beaterio; largos paredones con su capilla y farolito, por cima de las cuales verdea el arbolado de vecinas huertas; nobles viviendas con blasones de berroqueña; casuchas infinitamente repartidas como una jaula sombrías torres barajadas con modernas fábricas; vias populosas junto á grandes espacios desiertos; do quiera contrates, improvisaciones, tal vez estravagancias, pero estravagancias que enamoran, siendo tan raras en su capricho como singulares en su originalidad.

La calle de Ciudadanos termina en una plazuela irregular de casas muy nuevecitas y estucadas. Nada mas chocante que esas presumidas construcciones en aquella área obtusa, de donde como de una telaraña, salen irradiaciones á derecha, á izquierda, al frente, por todos lados, desiguales, torcidas y sin sistema, pero en cambio de gran efecto, animadas segun hemos visto alguna vez por la gentecilla del barrio, que suele allí juntarse los domingos, para danzar entre apretones y sus *tirabous* y *sardanas llargus*, al son de la dulzaina y la *tarota*.

El callejon que derecha-



mente conduce á la catedral, parece un *Via Crucis* en lo escabroso; sin embargo, se llana en comparacion con los vericuetos que por su lado se encaraman hácia la iglesia de San Martín y otros puntos elevados de aquella cima, en una serie de mal unidas escaleras. La misma via tiene casas, cuyos primeros pisos son terceros ó cuartos en la de las *Ballesterías* que cae á su dorso.

Paralela con esta última, corre otra aun mas baja de tan singular apariencia, que ella sola pudiera dar fisonomía á Gerona. Ya en su ingreso, un portal cargado de siglos, destaca sus cimbras sombrías sobre un fondo vigorosamente acentuado. A media calle bifúrcase en dos brazos, al pie de cierto caseron cuyos perfiles angulosos cortan la visual como suele representarse en algunas decoraciones de teatro; y mientras á mano derecha sube en ancha calzada para llegar al atrio donde la iglesia de San Félix ostenta su frontis lateral, á la izquierda sigue entre dos aceras de pórticos rebajados, de arcos negros, de pilares humosos, ocupados casi enteramente por herrerías y fraguas, que cual antros de cíclopes, brillando con lívidos reflejos y resonando con incitante martilleo, imprimen un aspecto casi fantástico á aquella localidad. Añádanse á esto las formas vestidas del caserío, por el cual han pasado cuatrocientos años sin sensible cambio, y se formará una idea aproximada de lo que es aquel callejon.

Su extremo desemboca en la rambla del Galligans, nuevo y espacioso crucero de variados accidentes, que tambien merece observarse. Surcado en su centro por el cauce del torrente, á un confin tiene la puerta de Francia abierta sobre la carretera general; á otro, lomas peñascosas, coronadas de fortificaciones ruinosas, y por la izquierda ó al Este, el antiguo monasterio que le da nombre, medio escondido en el ángulo de una barrida inmediata de casas sueltas y grupos de árboles que se adhiere á otra loma como una punta de la alfombra de la ciudad.

No describiremos el monasterio por haberlo hecho ya en otro número de esta publicacion (pág. 267 del año anterior). Solo nos cumple decir que la restauracion del claustro va muy adelante, habiéndose renovado algunos arcos y dos de sus bóvedas, alzado un grueso reparo que atajará los inconvenientes del riachuelo, y erigido un segundo cuerpo de severo estilo que se consagra á museo de antigüedades, para el cual hay allegadas notables piezas, las mas á costa y diligencia del digno secretario de aquella comision provincial, don Joaquín Pujol y Santos, á quien damos por su celo nuestros mas sinceros plácemes (1). Los grabados que van adjuntos podrán completar la indicada descripcion de este singularísimo edificio.

Junto á su ápside, salvando la muralla del recinto, está la puerta de San Pedro, que tambien damos en grabado para trasladar de un modo gráfico aquel chocante haz de torreones y muros, compendioso resumen de una larga historia, en el que todos los siglos dejaron su huella, comprendiendo el gallardo campanario del XII, anejo al monasterio que se eleva por encima.

Desde allí puede seguirse un desfiladero promedio entre los banales de la ciudad y el cerro del Monjuich, que dilatándose en la prolongacion de varias colinas, absorbe sus aguas en tiempo de lluvia y forma el caudaloso raudal cuyas avenidas tantas lágrimas cuestan á Gerona.

Hácia la misma direccion, como á un kilómetro de la indicada puerta, elevase en medio de otro reducido barrio, el convento de religiosas de San Daniel, antigualla digna tambien de señalarse á la curiosidad del viajero.

Es un cuerpo incógnito de varias dependencias, muchas de ellas apertilladas é inservibles, sin duda por la acerba accion de las bombas francesas que debieron de ejercer en esta casa tanto mayor estrago, cuanto mas avanzada es su posicion. El retiro conventual, si carece de valor arquitectónico, ofrece en cambio un aire de gravedad sencilla, que forma perfecto maridaje con lo retirado y apacible del sitio.

De la iglesia indicaremos su cimborrio exagonal, orlado de arquillos en resalto, segun estilo del siglo XI, y la ojiva de la puerta, recamada con algunos caladillos del año 1400.

El interior es por demás desnudo: una sola nave bien orientada con planta de cruz griega; airosa linterna; ápside en el testero; *confessio* debajo el altar mayor; capillas elípticas al lado del evangelio; tribunas enverjadas para las monjas al de la epístola, y un pequeño coro á la entrada; tales son sus principales miembros. Mas aunque reducido y sin adornos, tiene aquella donosa elegancia de las buenas fábricas de la transicion romano-ogival, y en rigor pueden graduarse de accesorios decorativos las ventanas geminadas de su mitad superior, que coronan las capillas en ajustada correlacion.

(1) Los objetos recogidos hasta ahora son ánforas, urnas, vasos lacrimatorios y lámparas de barro; una urna cineraria de plomo con restos humanos; un sepulcro, una ara, varias lápidas y fragmentos de mosaico, todo romano, de las ruinas de Ampurias; la base de una columna hueca y estriada; unos bajo-relieves de mármol y sillaría; dos sepulcros con inscripcion del siglo XII, y sus cadáveres, de la familia del señor marqués de Cruilles; unos medallones de la misma familia, de piedra en relieve; dos entraditas de capilla góticas que se recogieron del convento de Franciscos de Gerona; muchos capiteles bizantinos y góticos; un remate del gran retablo de las monjas Beatas, agurando al Padre Eterno; un oratorio de mármol con la Virgen madre; la portada de la capilla de San Miguel que estuvo en las Casas Consistoriales; otras lápidas históricas, algunos cuadros, monedas, etc., etc.

Dentro de la cripta, venéranse las reliquias de San Daniel mártir, encerradas en un bello sarcófago del año 1345, que como el de Santa Eulalia en Barcelona, se alianza sobre columnas truncadas de época muy anterior, y representa en alto relieve algunos pasajes de la vida del santo.

Nada de vidrieras, pinturas ni retablos de buena talla; nada tampoco de curiosidades, á escepcion del sepulcro que se acaba de citar: solo alguna que otra lápida de los siglos XIII y XIV, recuerda la ancianidad de este edificio, hoy torpemente enjalbegado para colmo de mal. Sus claustros, inaccesibles á la gente profana, parecen ser coetáneos de la portada, en cuyo tiempo se llevaria á cabo alguna reparacion.

Segun piadosas tradiciones, el cuerpo del mártir fue hallado en el mismo lugar donde tiene su sepulcro, en el que de muy antiguo tuvo iglesia; pero vendida esta hácia los años mil y tantos á los condes Ramon Borrell III y Ermisenda, por precio de 1,000 onzas de oro, fue luego convertida en monasterio, cuya obra hubo de concluir cien años adelante la viuda del infeliz Ramon Berenguer, la condesa Mahalta, que acabó sus dias en esta santa clausura.

Las reformas sucesivas se deberian al cuidado de alguna abadesa, ilustre entre las muchas que rigieron el propio monasterio.

J. PUIGGARI.

## EL BELLO IDEAL.

PESADILLA (1).

«Yo no vivo, duermo.»

Soné que una mujer me incitaba con miradas amorosas.

Su presencia despertó en mi memoria yo no sé qué recuerdos de no sé qué vida.

Yo no la conocia, y sin embargo, recordaba haberla visto.

Corrí tras de ella: esquivó mi compañía, y su esquivé dió mas fuego á mi deseo.

La seguí sin enojarme, y corriendo y corriendo, conseguí aproximarme á ella.

Detúveme estasiado. Era mi primer sueño arrancado de mi alma, cubierto por bien modelada carne, maravillosamente contorneado.

Quise levantar el velo que mal encubria su faz de ángel, y haciendo un ademán de enojo corrió precipitada.

Ni el polvo de la tierra se movia, ni el ruido de sus pasos me era perceptible.

Parecíame que corria entre el suelo y el aire, y que una ráfaga de viento la elevaria muy por encima de mí: angustiado por su alejamiento, y agujoneado por mil quiméricos temores, volví otra vez á perseguirla.

Y crucé en pos de ella bellísimas campiñas que me trajeron el recuerdo de mi infancia, comarcas deliciosas que habia visto, no en la tierra.

Y en tanto que ella, incitándome siempre, cruzaba sin herirse entre espinas, yo me ensangrentaba las manos al separar á mi paso las espinas.

Y ella cruzaba sin vacilacion el paso de los montes, y yo, resbalando y cayendo, y fatigado, conseguí llegar á sus cumbres de las que me despeñaba por acercarme á ella que corria ya en el valle.

Y ella, siempre invariable ante mis ojos, me arrasaba al precipicio, me precipitaba por la senda del torrente, y corria, y corria siempre, y con su influjo misterioso, me dió fuerzas para seguirla, hasta que jadeante y sin aliento caí á la margen de un diáfano arroyuelo.

Me dormí dulcemente arrullado por la voz de la corriente, que infiltraba en mi corazón no sé qué vaga idea de mi adolescencia, y gratamente embriagado por el aroma de la misma brisa que he aspirado con deleite desde el primer día de mi alma.

Los instantes de la vida corrian sin cesar y yo dormía. Sobrevino un rumor poderoso, aunque lejano, semejante al silbido del viento, y desperté.

Abrió los ojos y no ví.

Presté oído y me dió miedo el acento solemne del mar. La oscuridad impedia á mis ojos la vista del cielo y de la tierra.

Momentáneos relámpagos precedieron al prolongado trueno, y estalló la tempestad.

Me incorporé para mejor oír aquel ruido armonioso de la naturaleza irritada, que entonces, como siempre, me encantó.

Mi alma pugnaba por desasirse y volar en alas del huracán, cuando al cruzar, iluminando el espacio, la centella, ví no lejos de mí, y á favor de su luz, á la mujer á quien antes habia perseguido, colocada en actitud meditativa.

Parecia gozar con el desconcierto de la naturaleza, y sus ojos resplandecientes me miraban con cariño.

Los relámpagos que se sucedian frecuentemente, me dieron luz para contemplar su vaga forma, y una ben-

(1) Por dos razones llamo así esto, que no sé cómo llamar: la primera, razon de Diccionario: la segunda no es razon, porque es una razon completamente mia.—¿Por qué he de llamar *sueño* á lo que no es sueño sino espantosa pesadilla?

decida ráfaga que levantó su velo, me permitió ver distintamente aquel rostro que solo al través del velo habia admirado. Me fascinó. La miré, y la miré tanto, que creí oscuridad de mis sentidos lo que era oscuridad de la naturaleza.

Amenguaba la tempestad; pero sus ecos seguian, y en tinieblas el mundo.

Mi cuerpo estaba aletargado, no dormido; mis ojos cerrados para lo exterior, abiertos para mi interior: permanecí en este estado misterioso entre el velar y el dormir, en que nuestro ser, viviendo para nosotros mismos, es inactivo para todo lo que está fuera de él, y activo, animado, vehemente dentro de sí mismo...

El tiempo corria, midiendo mi existencia, y yo seguia olvidándome del tiempo.

Un aliento desvanecedor renovó mi actividad.

La fascinacion me volvió á la vida, porque inclinada sobre mí frente velaba mi sueño la vision.

Tendí los brazos y se alejó.

Me levanté y corrí; pero la vision habiase ocultado ya á mi vista.

Y no obstante, yo corria, impulsado por un incesante movimiento de mi corazón, que parecia anunciarme una dicha no lejana.

Y á pesar de la fatiga, anduve y anduve, y despues de haber perdido mil veces el aliento, subí á la cumbre de un cerro colosal, desde cuya altura, al mirar hácia abajo, distinguí una sima tenebrosa, que se ahondaba y se ahondaba, y mas profunda era cuanto mas se la miraba.

Desde el cerro miraba yo á la sima y empezaba á sentir el voltear de mi cerebro, cuando, allá en el fondo mas profundo, mas lejano, mas inaccesible, distinguí una tenue luz.

Aquella luz, oscilaba y se movia, se ocultaba, aparecia, se agrandaba y decrecia.

Desde el cerro miraba yo la luz, y su giro perpetuo, y la honda sima, y la altura pavorosa en que estaba yo situado, aceleraban el voltear de mi cerebro, é iban á hacerme victima del vértigo terrible, cuando la luz tomó una forma, se lanzó fuera de la sima, y se hundió de nuevo en ella.

Yo rodé por la pendiente, tendiendo mis brazos á la forma.

Y desgarrándome las carnes, y surcando la tierra con mi sangre, rodaba de continuo, semejante al torrente que arrojado de la altura por la mano de Dios ó la del diablo, se precipita sin cesar é inunda la llanura.

Y sentí que me arrastraban hácia el fondo de la sima, y que suspendido entre el ser y el no ser, casi apagado el aliento, seguia impulsado por una mano poderosa, que meciéndome en el vacío, no me permitia caer.

Y cuando próximo á ser abandonado por las fuerzas de la vida, sentí mi cuerpo mas pesado, retumbó la honda caverna, y sus ecos repitieron un gemido.

Me preparaba á depositar mi cuerpo en manos de la muerte, y bendecia á Dios que ha ordenado que los cuerpos caigan y los espíritus suban, cuando la misma tenue luz, surgió de aquella tenebrosa oscuridad.

Fijos mis ojos en la luz, la vieron, lentamente encenderse, lentamente crecer, lentamente tomar forma, y convertirse en un cuerpo, semejante, como un ángel á otro ángel, á la mujer que al principio me habia incitado con miradas amorosas.

Se acercó silenciosamente: acarició mi frente y dejando tras de sí una estela de luz, se alejó.

Mis ruegos enternecieron á la muerte, y dueño de mi vida, seguí la estela que dejaba la ya lejana figura.

Y caminé por campos de silvestres flores, cuyo aroma, antes era punzante que oloroso.

Y á medida que avanzaba, huian las tinieblas, y brillaban los rayos del sol, iluminando una estension sin término visible.

Me hallé al fin en un espacio de luz, y respiré la vida.

Postré mi corazón, y proclamé la bondad del Ser de los seres.

Semejante á aquel día, fue el primero de mi alma.

Luz en todas partes, en todas partes flores.

A donde la vista se dirigia, objetos deliciosos: belleza, pureza, bondad, donde las necesitaba el corazón.

Y tambien, para semejanza mas perfecta, una forma incitante de mujer, allá á lo lejos, y un Dios bondadoso, allá en el cielo.

Pero ¡ah! tambien la luz de aquel día tuvo sus tinieblas, como ha tenido despues el de mi alma su mas negra oscuridad!...

Sigamos resignados el camino, que si tenemos el valor de terminarlo, sabremos lo que hay en el oscuro «mas allá.»

Nosotros no hemos bajado á la tierra para ser felices.

Jamás habia yo gozado como gocé aquel día.

Mi alma, llena de luz, animaba todo mi ser, como aquellos rayos de sol, animaban aquella naturaleza.

Como esta, á la luz de su sol, sonreia la mia, á la luz de mi alma.

¡Oh imposible placer!..

¡Mirarlo todo con labio sonriente; olvidar los dolores de la vida; sentirla hermosa; llena de encantos; amarla



con pasión y bendecirla; sentirse con valor para sopor-tarla; y humillado el corazón, encontrar en el cielo á un ser mas alto; sufrir por único tormento el alejamiento de ese Ser, y creyéndose digno de él, admirarle y bendecirle!...

¡Oh imposible placer!...

Nosotros no hemos bajado á la tierra para ser felices. ¿Dejamos por ventura de existir, cuando nos sorprende un no soñado placer, que embotando para el dolor nuestro corazón, tan sensible al dolor, nos concede en un instante sin principio ni fin, cuanta dicha nos habia sido negada?..

Cuando llegado á la vastísima llanura ví aquella luz, ví aquel cielo, ví aquella tierra, ¿por qué en vez de creerse obligada á seguir caminando, mi alma, henchida de sí misma, no desató sus lazos y se lanzó á su espacio?...

Porque era forzoso seguir.

Y seguí persiguiendo al cada vez mas distante fantasma.

Pasaron largos instantes; mi cuerpo desfallecía, y el lejano fantasma, siempre lejos.

Volví á caminar desanimado, y crucé la espaciosa llanura, y me encenagué en el no visto pantano, y trepé ásperas cuestas, ya en su eminencia me ví despeñar, y guiado por la siempre visible figura, llegué á orillas del manso arroyuelo, y perdidas las fuerzas, caí fatigado en la márgen misma donde al arrullo del agua y de la brisa habia dormido.

Estaba sediento, y arrastrando mi cuerpo, me incliné sobre las aguas y bebí. Apagada la sed, seguí admirando la transparencia del arroyo. Y empezó á dibujarse allí en su fondo, una vaga, finísima figura.

Y el clarísimo cristal la reprodujo, y su boca sonreía, y sus ojos me incitaban.

Sentí un latido vivísimo en mi pecho, y arrebatado, delirante, loco, iba á lanzarme al fondo del orroyo, cuando despues de oír á mi espalda un leve ruido, ví borrarse del fondo la figura.

Busqué á mi alrededor y nada ví.

Busqué cuidadoso en la floresta, en la selva sombría... ¡Nada, nada!...

Empezaba á angustiarme, á sentir el vacío de mi alma, la orfandad de mi ser.

Se deslizaban los instantes de la vida: el dedo del tiempo me amenazó; la nada de mi existencia anubló mi corazón y deseé la muerte.

Una tarde apacible y deliciosa, una tarde de América, sucedió al largo día.

Empezó á oscurecer, pero no oscureció.

Si el último rayo de sol, apenas encendía el Occidente, la luna imponderable de los trópicos, aparecía en el opuesto horizonte, llena, radiante, solemne, á despedir al sol.

Y su luz, rival allí de la del día, fue ahuyentando las sombras del Oriente, transparentando el azul de los cielos; aclarando las copas de los árboles, remedando al día.

Y las aves la saludaron con su trino postrero, desde su lecho de hojas; los insectos de sus hoyos; desde su cárcel mi alma.

Y la armonía de aquella pujante y misteriosa naturaleza, dominó el silencio y entonó sus alabanzas á la noche.

¡Qué hermosa noche era aquella!...

¡Bendita sea la desdichada América en donde de tal manera he visto á Dios!...

Agitó mi corazón el placer de la melancolía, y gozando suspiré, y sonriendo gemí.

Y un deseo vago y tenaz me hizo sentir la falta de algo, y acordándome de ella, me llamé infeliz.

Dirigí mis pasos al arroyo, cuyas aguas centelleaban, al rielar de la hermosa solitaria de la esfera.

Allí evoqué mis recuerdos, y la memoria del bien pasado anubló mas mi corazón.

Pedí consuelo á todo lo que me rodeaba; á la luna, al arroyo... en cuya superficie se dibujó y borró instantáneamente el contorno de aquella mujer, de aquel fantasma, de mi vision...

¡Vosotros, los que hayais disfrutado de un placer verdadero en vuestra vida, comprended mi placer!...

No distante de mí, me incitaba también con sus miradas.

Y como siempre, al acercármele, huyó.

La perseguí otra vez, y otra vez me agité por alcanzarla.

A orillas del arroyo corríamos los dos, ella, volviendo la cabeza para asegurarse de la distancia; maldiciendo la distancia, yo.

Al fin, confiada sin duda en su ligereza, se detuvo en la entrada de la selva, por cuyas soledades seguía el arroyo corriendo.

Tuve confianza y aceleré mi carrera: llegué á su lado y la ví distraída, cogiendo pedrezuelas del arroyo, cuyo fondo otra vez la retrató.

La retrató; pero confusamente; y en aquella vaguedad de su belleza reproducida, habia tal encanto, que ni movimiento tuve para apoderarme de la que tantos afanes me costaba.

Al través de aquel agua cristalina era tal su belleza, tan seductora su infantil sonrisa, tan puras sus formas, oscilantes como el espejo que las reflejaba, que me pareció miserable aquella tierra, pálida aquella luna, menos encantadora ella misma en la realidad que en su confusa reproduccion.

Y olvidándome de que estaba á mi lado y perdida otra vez la razón, iba otra vez á arrojarme al agua para arrebatarme mi tesoro, cuando oí una inocentísima carcajada, y ví una forma deslizándose por entre los árboles de la selva: perdidos en la soledad llegaron á mi oído los ecos distantes de una risa.

Estimulado por la esperanza, volé, la ví, la alcancé y la estreché contra mi corazón.

Besé con delirio su cabeza; mas enojado por no poder besarla sino al través del velo, cogí el velo y lo arañqué...

¡Oh terrible dolor!

Sentí mi corazón herido, mi alma poco antes tan gozosa lloró desesperada.

El fantasma misterioso, huía por el bosque, llorando sin consuelo.

Caí arrodillado, dirigiendo suplicante mis manos hácia él, y cuando al perderse en la frondosidad del bosque, enjugaba sus lágrimas con una mano, y volvía condolido la cabeza, agitando en la otra mano el velo misterioso, el dedo del tiempo secó mi corazón y desperté, gritando con angustia: «¡era mi bello ideal!...»

Vosotros, los que al nacer vuestra alma, visteis fulgurar, allá muy lejos, una luz que os atrajo, y que vagando siempre por las soledades misteriosas de vuestra imaginación, fue en ella tomando forma, y os incitó y os incitó, y mas amable os pareció cuanto mas vaga, tendad una mirada por el mundo, y tened valor para curaros.

Vosotros, los que al nacer vuestra alma, visteis fulgurar una luz, allá muy lejos, y no temiendo el dolor, le seguisteis incansables, durmiendo perpetuamente, perpetuamente esperando, comprended un sueño y despertad.

Quiera el cielo que el aviso que mi sueño encierra, llegue á tiempo para alguno.

EUGENIO MARÍA HOSTOS.

## SIMILIA SIMILIBUS.

Bandidos, cuyas maldades registrarán con asombro en sus fastos las edades, infestaban las ciudades de una nación que no nombro. Los caminos hormigueros eran también de ladrones, que á todos los pasajeros robaban los pantalones y les dejaban en cueros.

Al ver tanta fechoría, el rey, que era hombre de pró y de bastante energía, en organizar pensó una buena policía.

Se encargó una comisión de formar los estatutos de la nueva institución, y tan difícil misión desempeñó en diez minutos.

Número fijo de agentes debia haber, y ser todas personas casi decentes, de buenos antecedentes, buena moral, buenos modos.

Tal condición al saber, soltó el rey la carcajada sin poderse contener, y exclamó: «¿Qué van á hacer con tal policía? nada.

Echéme unos consejeros cabezas de calabaza, que pretenden que corderos vayan de lobos á caza...

¡majaderos! ¡majaderos!

¡Mala idea fue en efecto!

No queriéndose alistar casi ningún hombre recto, se tuvo que reformar el primitivo proyecto.

Se quitó la condición de honradez, y en un instante, sin mas que esta supresión,

no quedó ni una vacante para tanta pretension. Pronto cesaron los robos, pero, aplaudiendo el buen fin, sentían los hombres probos la carlanca del mastin. Supo de buena manera la policía taimada echar la red barredera; toda la chusma ratera se trajo de una redada. Había entre tan vil lodo bandidos de gran calibre, que, atados codo con codo, iban ya estudiando el modo de volver al aire libre.

En la cárcel ejercía sobre ellos la policía una vigilancia extrema, que ellos burlaron un día con no sé qué estratagemas. Al alcaide sobornaron, y al centinela, que alerta estaba, le despacharon, y luego que se marcharon, atrancaron bien la puerta. Ya de sus operaciones están de nuevo en el centro, se fugaron, ¡qué bribones! dejando á los guardias dentro cogidos como ratones.

Al rey contó su valido, que era, al parecer, un alma de cántaro, lo ocurrido, y el rey contestó con calma, poco ó nada conmovido:

—¿Con que en la cárcel está la policía, y allí los que estaban no están ya? pues bien, dejémoslo así; unos ú otros, ¿qué mas dá? —¿Pero, señor, estaremos sin policía? el privado exclamó.—Ya la tendremos. —¿Y cómo?—La formaremos con los que se han escapado.

ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ.

El buque monstruo llamado *El grande Oriental*, cuya descripción dimos en *El Museo* cuando se construyó é hizo su primer viaje á América, ha sido vendido en almoneda pública en Liverpool el miércoles de la semana anterior. Este buque habia costado 90.000,000 de reales y ha sido vendido por 2.000,000 y medio, que fue la proposición mas alta que se presentó. Los compradores son los individuos de una nueva sociedad formada para la explotación de este buque, la cual habia comprado previamente acciones de la antigua compañía, que estaban á bajo precio, hasta la cantidad de 7.000,000 de reales; de manera, que el coste líquido que ha tenido *El grande Oriental* para sus compradores despues de recibir los dividendos de las acciones que habian comprado, viene á ser de 8.000,000 de reales.

El miércoles por la noche se prendió fuego á toda el ala derecha de la estación central del ferro-carril del Mediterráneo, y estuvo á punto de propagarse á todo el edificio. Una fuerza de obreros que venia de Mallorca y algunas otras tropas que á la sazón llegaron en el tren, contribuyeron poderosamente á cortar los estragos del incendio, así como los empleados del ferro-carril y las autoridades que acudieron á la primer señal.

Para el 15 de marzo se prepara en París una gran misa que está componiendo Rossini, con orquesta, solos y coros. Será una gran solemnidad que formará época en los anales del mundo artístico.

## LA HIJA DEL LOCO.

CUENTO.

(CONTINUACION.)

Entonces cambié de sistema. En la imposibilidad de representar el papel de un amante celoso, sin derecho



## AL CONCLUIR EL CARNAVAL.



Ya acabó la alegría,  
mañana al despertar... será otro día.

## AL EMPEZAR LA CUARESMA.



Croquis de una familia  
que á comer se prepara de vigilia.

para ello, me aventuré á esponer el todo por el todo.

—¿Y si en vez de un buen amigo, como usted me juzga, fuesen mis visitas con otro objeto?

—Entonces, con sentimiento me vería obligada á no admitirlas, porque una pobre huérfana, sin el auxilio que pudiera prestarla su padre por su razon estraviada, no puede aspirar á ser la esposa de un hombre de cierta posicion, ni consentir en perder la única riqueza que tiene en este mundo, su virtud.

El sencillo lenguaje de aquella niña, en vez de desanimarme en mi empresa, me hizo concebir nuevas esperanzas para su realizacion.

Desde aquel momento mi amor propio se hallaba interesado en la victoria: mi corazon me animaba mas cada momento y mi razon acarició la idea de hacer la felicidad de aquella niña.

Entre tanto Ventura saboreaba las noticias de *interés palpitante* de su periódico.

Sonó de nuevo la campanilla y aquella vez era el anciano el que entró, como de costumbre, sin reparar apenas en nosotros, ni dar siquiera su acostumbrado beso á la niña.

¶ Su mirada era mas maliciosa que otras veces: en sus entreabiertos labios asomaba una sonrisa y paseándose en la habitacion, decia:

—¡Lo que es ahora, lo he encontrado! El fuego no consume al genio... no...

Pobre la nave, que al salir del puerto  
la tormenta no ve que se prepara  
y sigue sin temor su rumbo incierto  
mirando solo la corriente clara:  
pobre del que en la práctica inesperto  
en las cargadas nubes no repara  
y vuelve al fin de su fatal desmayo  
cuando rasga el espacio rojo rayo.  
Pobres las aves, que en el rauda viento  
baten sus alas al nacer el día  
y vuelan sin pararse ni un momento  
por do quier pregonando su alegría,  
que no buscan el agua ni el sustento  
hasta cerca mirar la noche fria,  
en que por el cansancio y la fatiga  
van á posarse en la traidora li-ga.  
Pobre el mortal, que á conquistar aspira  
de laurel inmortal una corona,  
por conseguirla sin cesar delira  
y de tenerla, sin temor blasona...  
al ver que su ilusion era mentira  
solo la muerte, misero, ambiciona:  
todo le causa tedio, todo espanto  
y derrama copioso, ardiente llanto.

Si: sí... esto era: el fuego lo perdonó... la memoria no es una mentira... Locos... quereis apagar mi inspiracion y encendeis una hoguera... ¡hoguera inútil! ¡Sus chispas son los pensamientos que se elevan á la region de mi padre Apolo!

—Hombre, esto es grave, le interrumpió Ventura sin poderse reprimir y leyendo un suelto del periódico:

«Ayer se ha suicidado á *si misma* una jóven en la calle del Gato. Se cree haya sido en un rapto de desesperacion.»

El loco miró fijamente al jóven sin darse cuenta de por qué le hablaba: luego soltó una carcajada, diciendo: ¡Já! ¡já! ¡já!... ¡efectivamente eso es grave, muy grave, mucho!...

Y sin fuerzas para reir se arrojó en el sofá, quedando á poco abstraído de nuevo en sus meditaciones. Yo aproveché aquel momento para coger á la niña una

mano y diciéndola en voz baja: volveré, tomé el sombrero y salí de la habitacion.

En la escalera noté que no estaba solo. Ventura me seguia preguntándome:

—¿Qué hora será?

—Las siete, le contesté sin mirar el reloj.

—Es tarde. ¿Va usted muy lejos?

—A casa.

—¿A su casa de usted?

—Sí, señor.

—¿Ha leído usted los partes telegráficos?

—No, señor.

—¡Ah! Pues dicen... dicen... Mire usted. (Y para auxiliar su memoria sacó *La Correspondencia*). Marsella 15. Ha fondeado en este puerto la fragata francesa «Reine des eaux con cargamento de sal.» Ya ve usted que esto en el estado actual de cosas...

—Sí: es muy peligroso para el sentido comun, le contesté con malos modos, alejándome precipitadamente.

## V.

## LA CARTA DEVUELTA.

¡Cuánto cambian al hombre las ideas que le ocupan alternativamente!

Yo nunca he gozado con los efimeros placeres que tiene la juventud, nunca me he complacido en crearme enamorado por juzgar á la mujer un ser mas digno de respeto que de idolatría, nunca la he lisonjeado por su belleza ó su talento, y desde el día que tuve la entrevista con Cármen, comprendí que me hallaba dispuesto á abrigar una pasion amorosa, al mismo tiempo que crecia mi repugnancia á todo cuanto me rodeaba, que no fuera ella.

¡Oh! la mujer tiene el raro privilegio de ahogar la razon cuando somete el corazon de un hom! re, y yo me encontraba en aquel caso.

Ya en nada pensaba mas que en Cármen, su imágen se mezclaba á todos mis sueños y todos mis trabajos, y llegué á comprender que seria su posesion la mayor felicidad para mí.

La llevé el trabajo que la tenia prometido: hice que una amiga mia representase el papel de hermana, y por su mano pude hacerla llegar los cortos auxilios de que podia disponer en aquella época, por no ser todavía dueño de mi voluntad.

Mi trato con su padre iba siendo mas familiar de dia en dia: siempre que nos juntábamos, hablábamos largamente de poesia, y llegué á no desesperar de su curacion completa, porque aquel anciano era mas que un loco: era un hombre que se postra desesperado de la lucha con la esperanza perdida, las ilusiones muertas y estraviadas las ideas.

En cuanto á Cármen no habia vuelto á repetirla mis frases amorosas por no ajar aquel orgullo tan grande por hallarse fundado en la virtud. Su conducta para con el anciano no podia menos de enternecer y admirar al hombre mas frio y de peor corazon.

Aquella niña, que hermosa como la vision de un artista, gastaba su edad y su hermosura por procurar el sustento de su padre: aquella niña, á cuyo lado pasaba el mundo con su máscara seductura de amores y riquezas, sin que las riquezas ni los amores doblegasen su virtud, era mas que una mujer. Era la representacion humana del deber en su aspecto mas digno; la piedad filial.

Únicamente mis miradas la perseguian sin descanso; pero sus ojos se empeñaban en evitarlas cuidadosamente.

Un día fui á su casa y noté abierta la puerta: me in-

troduje sin ser sentido en ella y presencié una escena desgarradora.

El anciano Alberto se hallaba sentado en el sofá y dirigia á todas partes sus ojos inmóviles y fijos. Ni una palabra se escapaba de sus labios. Su cuerpo sufría de vez en cuando un sacudimiento nervioso y un lamento ronco era lo único que turbaba aquel silencio.

Pasados unos instantes, entró su hija mas triste tambien que de costumbre, y trayendo unos panes, que puso en el sofá en que se hallaba el viejo.

Este la miró fijamente, y una lágrima surcó su rostro; pero ni rompió el silencio, ni tomó el pan que acababa de traer Cármen.

La niña tampoco quiso probarlo, y no siendo dueña de reprimir su emocion, se salió á la habitacion en que yo me hallaba, y allí, conteniendo con un pañuelo sus sollozos, se entregó de lleno á su dolor, creyéndose sola.

Yo no pude contenerme y me adelanté dos pasos, sin atreverme á hablar.

Ella, sorprendida de verme allí, dejó escapar un pequeño grito; pero reponiéndose pronto, me sonrió con dulzura, tendiéndome la mano que yo oprimí enternecido.

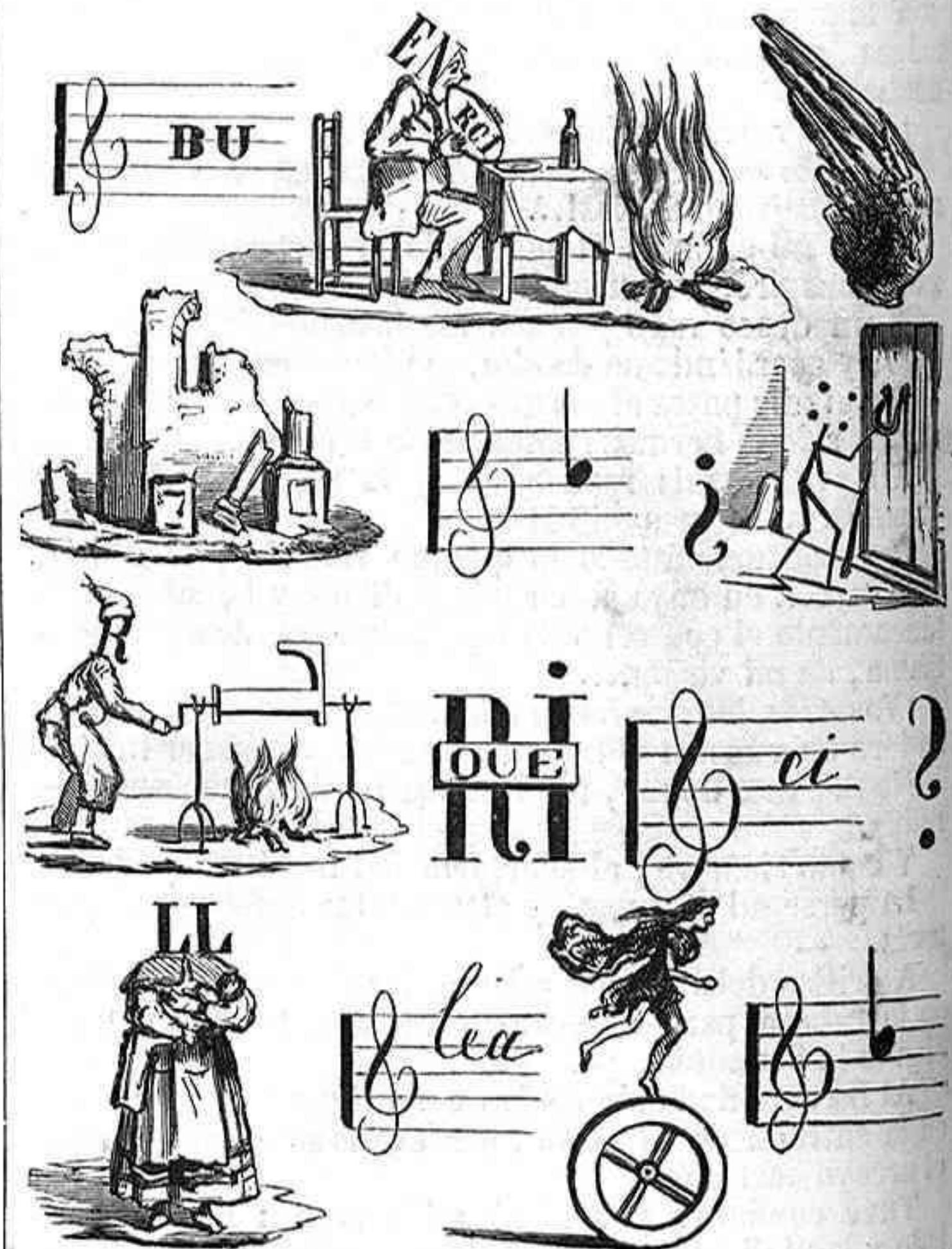
Luego, bajando la voz y acercándome á ella:

—¿Cármen, la dije, es usted mi amiga?

(Se continuará).

MANUEL OSORIO Y BERNARD.

## GEROGLÍFICO



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD.  
IMPRESA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCEPE, 4.